

LA TERTULIA.

Periódico semanal de literatura y de artes.

NOVELA MÓNSTRUO.

Con el periódico sevillano *El Regalo de Andalucía*, se publica una novela, de cuyo título no nos queremos acordar. Aquellos de nuestros suscritores á quienes devore el fastidio, encontrarán solaz y contentamiento en la lectura de los siguientes párrafos, que hemos escogido en tan preciosa obrita entre otros muchos de no menor mérito é importancia. Pueden servir de modelo, tanto por su esmerada locucion, cuanto por su observancia de las buenas reglas gramaticales. Tiempo es de comenzar la insercion de tan curiosos trozos. Hé aquí el primero:

«Nadie nos atreviamos á romper aquel silencio de muerte: todos contemplábamos anonadados á nuestro amigo, aquel buen amigo tan digno de mejor suerte, y su cabeza estaba desprendida.»

Saboréense un buen rato los amantes de las letras con la lectura de este principio de párrafo, que deja atrás á los mejores trozos de Hurtado de Mendoza, de Mariana, de Fray Luis de Granada y de otros pobres y majaderos escritores que se avergonzarian si resucitasen, de ver que no les era dado alcanzar una palabra de cuanto se lee en los citados renglones. Conocerian que la gramática ha hecho

grandes adelantamientos; y que las reglas á que se sugetaban son inútiles ligaduras para los altos ingenios. Es bien seguro que ninguno de esos añejos autores hubiera sido capaz de escribir un trozo con tanta libertad como la que tiene el arriba citado.

Verdad es que tenían la preocupacion de pensar era indispensable la concordancia entre el nombre y el verbo; entre el sustantivo y el adjetivo; respetaban estas y otras majaderías semejantes, que si de ellas hubiese hecho caso el novelista sevillano, no hubiera escrito una oracion como la de «*Nadie nos atreviamos á romper aquel silencio, ect.*» y la gramática hubiera quedado estacionaria; tampoco se hubieran conocido oraciones como aquella de «*todos contemplábamos anonadados á nuestro amigo, aquel buen amigo tan digno de mejor suerte, y su cabeza estaba desprendida.*» Con efecto que se necesita tener la cabeza desprendida del cuerpo para escribir tales cosas.

Pues esto no es nada en comparacion de lo que viene ahora. Oigamos al sublime autor sevillano, y no perdamos ni una de sus palabras:

«El crimen, dice, es imperdonable ante Dios y los hombres: *prueba de valor* LA LLAMAN: yo digo de cobardía no teniendo valor para arrostrar la vida se suicidan por medicina.»

Ese *la* no se sabe á qué nombre hace referencia: tal vez concuerde con crimen; y en ese caso queda de aquí en adelante hecho foemenino, y por lo tanto pertenece exclusivamente al bello séxo. Ya tenemos que agradecer algo al novelista sevillano, que nos ha quitado á los hombres de encima un enorme peso. No es sola la reforma de la gramática, sino también los nuevos y sorprendentes conceptos, lo que se ha de admirar en las líneas que hemos copiado de la novelita del *Regalo*; pues nosotros ignorábamos que fuera menester valor para arrostrar la vida, y no los peligros. Se nos ocurre una cosa: y es que como son muchas las personas que viven en este mundo, es muy comun el valor, y por congruente no tiene mérito alguno. Y eso de suicidarse por medicina, ¿no es un pensamiento grande y completamente nuevo? Bien mirado, la tal medicina no deja de ser eficaz para todos los males. ¡Qué lastima de tiempo el que pierden los médicos en calentarse la cabeza en estudiar, siendo así que el novelista ha descubierto un panacea para todas las dolencias.

Vaya otro parralito que aun excede en mérito á los ya mencionados:

«Hoy á fuer de comun, (este es el autor) los asesinatos, las violaciones se suceden unas á otras ante la sociedad; (siempre es bueno advertir que estas fechorías pasan delante y no detrás de la sociedad) que cree bastante castigada la vindicta pública (no sabíamos que también se castigaba la vindicta pública) con hacer pesquisas en busca de agresores y hacer rodar su cabeza.»

Esta cabeza no puede ser la de los agresores, porque se nos figura que una no basta para tantos. Sin duda hará referencia á la vindicta pública, y en tal caso será cosa de ver cómo la sociedad impone á la vindicta pública el castigo de hacer rodar su cabeza.

En otro párrafo, hablando de la Sierra Morena, dice el autor que «Indudablemente los tiranos no supieron existia aquel gran punto de apoyo para escalar el cielo.» Miren nuestros lectores por donde á los titanes los ha convertido en tiranos; siendo así que aquellos gigantes mas bien merecian el nombre de republicanos, puesto que se proponian destruir á todo un dios como Júpiter, que supo dejarlos bien escarmentados.

Temerosos de molestar mas á nuestros lectores dejamos de trasladar á nuestras columnas otros muchos trozos que se encuentran en la novela del *Regalo*, nada inferiores á los ya citados, y que por su buena dición y sublimidad en los pensamientos, son una muestra suficiente de las bellezas que encierra este librito, no menos precioso que admirable.

UN LITERATO FRANCÉS.

Con motivo del nombramiento de Luciano Murat para embajador de Francia, cerca de la reina de España, inserta un periódico de París el siguiente burlesco artículo:

—Caballero, ¿enseñais el español?

—No solo el español, sino el inglés, el italiano, el alemán, el ruso, el vascoenc y el breton, cada idioma en veinticuatro lecciones.

—Muy bien: empezaremos desde mañana. Para hoy he citado al profesor de historia y al de diplomacia.

Entra el profesor de historia.

—Príncipe! á vuestras órdenes.

—Oh! no puedo perder un momento: es preciso que antes de quince dias esté yo en

Madrid: pronto, pronto, comencemos.

—¿Monseñor tendrá ya probablemente una idea general de la historia de España?

—Sé, como todo el mundo, que la monarquía española fué fundada por un tal Pelayo, que batió á los moros, tomó á Granada y construyó la Alhambra en forma... en... en memoria de San-Lorenzo.

—Oh! Monseñor sabe mucho mas de lo que yo creia.

—Recuerdo tambien que Fernando Cortés descubrió la América, y que un tal Cristóbal Colon llevó á cabo la conquista de Méjico; la cual valiò á Europa el chocolate, los papayos, &c.

—Ahora bien, monseñor, decidme: ¿cuáles son los hechos principales del reinado de Carlos V?

—Hallándose Carlos V enamorado de una hermosa jóven llamada Jimena, con quien debia casarse, se vió obligado á matar desgraciadamente en un duelo al padre de su prometida infanta, por haber dado este un bofetón al autor de sus dias; lo cual nos ha valido el *Hernani*, ese magnífico drama de Victor Hugo. Habiendo despues subido al trono Carlos V, fué derrotado por Francisco I en la célebre batalla de Pavia y traído prisionero á Francia, donde no se le dió libertad sino despues de haber pagado un crecido rescate, viniendo á morir en seguida á consecuencia de la venganza ejercida poco caritativamente por un marido engañado. Su rival, Francisco I, abdicó la corona y se retiró al convento de San Justo, cerca de Paris, donde se entretenia en...

—¿Qué sucedió á la muerte de Carlos V?

—Subió al trono su hijo Felipe II, quien se casó con la princesa María, hija del elector de Nembourg. Valiente, raro y poco dado á la sociedad, Felipe II se ocupaba casi constantemente en la caza: aun se conserva el siguiente extraño billete que escribió á su muger: «Señora, hace mucho frio, y he matado seis lobos.» Fastidiada la reina de semejante marido, favoreció con su predileccion á un criado de la Casa-Real llamado Rui-Blas, á quien hizo primer ministro, y que gobernó gloriosamente la España hasta la llegada del duque de Anjou, nieto de Luis XIV, el cual fué coronado rey de España y de las Indias por consecuencia del testamento de Felipe II.

—Decidnos algunos de los principales he-

chos de armas que ilustraron el reinado de el de Anjou.

—El duque de Alba perdió la batalla de Rocroy dada contra el príncipe de Condé; el duque de Parma, que marchaba al socorro de Mayenne, fué destrozado por Enrique IV: los españoles, sin embargo de esto, llegaron hasta Corbia. El terror llegó á su colmo, tanto que la corte de Francia deshizo su vajilla de plata, cuando felizmente el cardenal Richelieu confió el mando de las tropas al mariscal de Vallars, quien cambió la suerte de las armas del rey, salvando á la Francia en los campos de Fontenoy.

—Monseñor, observo con placer cuán fuertes sois en la historia antigua; juzgo por lo tanto inútil preguntaros acerca de la historia moderna. Supongo que la literatura y costumbres del pueblo español os son igualmente conocidas que su historia, ¿no es cierto, monseñor?

—Vais á verlo. El español es fiero y sobrio: se alimenta con la gloria de sus antepasados, los aires de su inseparable guitarra y el humo de su pajillas: es vengativo y acostumbra tomarse la justicia por su mano. Aborrece á los moros y á los franceses. Por lo demás, me propongo volver á leer el *Casamiento de Figaro* y oír de nuevo la *cavatina de Rosina*; y en cuanto á literatura, he visto representar en el odeon las comedias de don Lopez de Lucas.

—Sabeis, monseñor, cuanto es preciso: cedo, pues, mi puesto al profesor de diplomacia, que espera su turno.

—Por vida mia, decidle al profesor de diplomacia que baya bendito de Dios! Mi padre ha sido reyde Nápoles, y sabia tanto como yo de la tal ciencia. Cuando uno es hijo de un rey y primo de un presidente de República puede muy bien ser embajador en España sin aprender la diplomacia.

UN FOLLETINISTA DE LA CORTE.

No son únicamente los periódicos de pro-

vincia los que suelen insertar y prohiar novelitas como las del *Regalo de Andalucía*, que tambien los de Madrid regalan de vez en cuando á sus lectores unos cuentecitos fantásticos llenos de extravagancias y exageraciones. Y si alguien lo pusiese en duda, lea con cuidado un folletin que, con el epigrafe de *Flores perdidas*, publicó há poco en *La Patria* un tal don Camilo Jover. Verdad es que ha dado el nombre de *Fantasia* al parto de su ingenio; y con esta licencia el folletiniista madrileño se creia tal vez autorizado para decir cuantos dislates se le ocurriesen: sin duda habrá dicho para sí; puesto que en la fantasia cabe todo, asi lo verdadero como lo falso, lo mismo lo sublime que lo sencillo, ¿porqué no he de dar yo tambien un lugar á lo ridiculo y á lo extravagante? Si tal ha sido el propósito del fantástico autor, vive Dios que no ha faltado á él ni en una sola linea; y que como pocos ha llevado sus extravagancias á un grado sublime. Sirvan de prueba á nuestro aserto los trozos que á continuacion insertamos, y que leerán con sumo gusto nuestros muy apreciables suscritores.

Empieza así la *Fantasia*:

«¡No tiene fin!.. (¡Jesus, qué miedo!) ¡Qué vasto es el arenal!.. Horizontes... solo horizontes: horizontes por do quier. (¿Y en dónde no hay horizontes? preguntamos nosotros. Bien se conoce que la cosmografía no es el fuerte del folletiniista.) Y encima de mi cabeza el cénit!.... (Para tenerlo encima no es preciso ir al arenal; porque no sabemos que haya un lugar de la tierra en donde el cénit esté debajo de los piés.) ¡Qué alto está el cénit!... (Hombre, ¡qué descubrimiento!) El cénit es de color de plomo.... el cénit es de fuego! (Si es de fuego, ¿cómo tiene un color tan oscuro?)

«¡Siempre arena! (Y qué otra cosa queria encontrar en un arenal?) El suelo huye debajo de mis piés, ando, ando, y nunca me muevo. (Invitamos á los mecánicos á que espliquen este enigma, porque es curioso por

demas el saber, cómo el suelo huia á manera de una liebre y el viagero andaba y no se movia.

«¡Qué fatigado estoy!... (¿y porqué no se sienta usted?) tengo sed! y ni una fuentecilla murmuradora ofrece refrigerio á mis lábios. (Pues buscar otra que no murmure.) ¡Quisiera llorar y no puedo! (y á renglon seguido dice;) un huracan abrasador seca mis lágrimas. (Si no puede llorar, ¿cómo es que hay lágrimas que seca el huracan haciendo las veces de pañuelo?) ¡Me duele el corazon! (Tal vez tendria el paciente alguna neurisma.) ¡Socorro!... Socorro!... Socorro!.... Pero nadie me oye.... (Ocurriencia es pedir socorro en medio del desierto.) Abro los ojos mucho, mucho, y no veo la almena de un castillo ni el pagizo techo de una cabaña. (Pues es cosa rara; porque deben abundar mucho los castillos en los desiertos.)

Despues de los muchos gritos y de los puñetazos en los ojos para ver almenas y chozas, y despues de haber buscado la fuentecilla murmuradora, y de querer llorar y de no poder por causa del huracan, era muy natural que el infeliz niño, porque han de saber nuestros lectores que se habla de un niño perdido en aquellos arenales, prorrumiera en desesperadas lamentaciones, y exclamara de este modo:

«Si al menos hallase una manada de jacaes me devorarían. (Esto siquiera seria un consuelo.) Ya no tendria sed: ya no me doleria el corazon. (Es bien seguro; y se ahorraria gritar, querer llorar y pedir socorro.)»

El siguiente párrafo ofrece interés, porque en él se dá ya alguna noticia del desgraciado héroe de la *fantasia*.

Dice así:

«¡Cómo me han abandonado todos! (Habrás visto mayor crueldad!) La pena me devora! ¡Si no hubiese muerto mi madre no me encontraria perdido!.... pero yo, pobre huérfano, ¿cómo no habia de estraviarme en un mundo tan ancho! (Si al menos fuera un poco mas angosto, quizá no se hubiera perdido.)

En seguida dice:

«Un día encontré en mi camino una flor. (Ese un día indica que llevaba ya algunos días de viage el perdido niño. Y se nos ofrece la duda de que cómo había pasado días y días sin beber en medio de un desierto y con un huracan abrasador.)

Después de haber encontrado el angelito la flor, que era una rosa, se pincha con las espinas, se queda dormido como un tronco y tiene unos ensueños terribles que los suprimiremos para no afligir á los lectores de corazón tierno.

Al rayar la aurora se despierta el niño, y tenía mucho, mucho frío, según dice el autor; ¡tal noche había pasado el pobrecito! y lo que era peor, según agrega, es que ya su madre no calentaba sus manos; ya se vé, ¿cómo lo había de hacer, si la infeliz había muerto? Con este motivo esclama oportunamente el folletista:

«¿Qué otra muger en el mundo daría su sangre para reanimar á un pobre niño encontrado en una encrucijada del camino?»

Por donde se vé que también los desiertos tienen sus encrucijadas; nadie negará que este es un nuevo descubrimiento.

Continúa el frío, y continúa el niño cogiendo flores; ya una adalia, ya una acacia, ya una azucena; no parecía sino que estaba en algún jardín. Después pica al pobre huérfano un áspid que encerraba una de éstas flores. En seguida estalla una tempestad, y el vendabal arrebató al desgraciado al través de altas y fragosas montañas; pero apesar de haber andado volando por esos aires no debió hacerse mucho daño al caer, cuando luego que se apaciguó el huracan, encontró una multitud de flores arrojadas por el torbellino; y estuvo observando si habían perdido ó no su aroma, según nos asegura el autor.

A poco aparece en el cielo el arco iris, y merced á su resplandor vió entreabiertas las puertas del cielo. No tarda mucho en desvanecerse el iris y la tempestad comienza de nuevo á rugir con mas furia y el niño queda atado á la roca de Prometeo.

Tal es en resumen la preciosa fantasía del señor Jover, tesoro de bellezas y de profundos y filosóficos conceptos, que si bien no se comprenden, dejan completamente estasiado al lector.

POESIA.

SONETOS.

FARAON.

Satisfacer creyendo su venganza
Y reportar espléndido trofeo,
El egipcio persigue al pueblo hebreo
Feroz blandiendo su terrible lanza.

Ya celebrando que á Israel alcanza,
No echa de ver el loco devaneo
Que por medio del piélago eritreo
A perecer, frenético le lanza.

Que vuelva entónces á su lugar primero
Manda Moises al punto furibundo
Sobre él tendiendo su potente diestra;

Y el carro, y el caballo y el guerrero,
Cual piedra son llevados al profundo,
Que así Jehová sus maravillas muestra.

VIRIATO.

Do su patria amador, si vandolero,
Un atrevido y bravo lucitano
Se alza á vengarla del poder tirano
Que la sojuzga con orgullo fiero.

Las haces del ejército estrangero
Una vez y otra con osada mano

Rompe, y no queda general romano
Que se atreva á medir con él su acero.

A su valor y esfuerzo no confía
Aun el mismo Pompeyo la victoria
De un adversario tan dichoso y fuerte;

Y apelando á la vil alevosía
Muere el gran Viriato, y es su muerte
Negro borron de la romana gloria.

SÓCRATES.

De impiedad en Atenas acusado
Sócrates por que culto no rendía
De Dioses á la tumba, en que creía
El gentilico pueblo fascinado;
Sufre prision estrecha resignado,
Y en tranquila conciencia espera el día
En que ha de verse por sentencia impía
A heber la cicuta condenado.

La muerte apura en ademan sereno:
Que á la virtud austera no intimida
La copa llena de letal veneno.

Antes del sábio la esperanza crece;
Pues testimonio de verdad su vida
A un solo Dios en holocausto ofrece.

Aparta, aparta, de mi faz, Helona,
Tus bellos ojos donde Venus mora;
Aparta por piedad, que es matadora
Tu vista, y si me mira me envenena.

No quieras, no, que con acerva pena
Contemple yo tu frente encantadora,
Ni tus mejillas que el carmin colora
Y el albor de la espléndida azucona.

De ostentar cesa el nitido cabello
Que en graciosos anillos dividido
Orna tus sienes y tu ebúrneo cuello.

Mira que si tu amor me es defendido,
No pudiendo aspirar á poscello
Me verás á cenizas reducido.

L. M. RAMÍREZ Y LAS CASAS-DEZA.

TEATRO DEL CIRCO.

Púsose el juéves último en escena por primera vez en este coliseo *El terremoto de la Martinica*, dramote espantosamente ridiculo, de gran movimiento, y harto visto en Cádiz para que nos entretengamos en hacer su análisis. No estuvo mal la parte de aparato, si se tiene en consideracion que es el Circo un teatro de tercer orden, y cuyas empresas no pueden sufragar grandes gastos. La decoracion del tercer acto produjo buen efecto, aun quando quitó algo la ilusion el ver antes de comenzar el terremoto á algunas torres de la Martinica doblarse repentinamente y volverse despues á enderezar con la mayor facilidad del mundo; al ver este movimiento cualquiera hubiera creido que se habian agachado para recoger alguna almenilla que se les habria caido. La ejecucion no fué muy esmerada. Excepto la señora Leon y los señores Garcia y Cortes, que desempeñaron bien sus partes, los demás estuvieron poco felices. Hubo algunos actores que ni aun habian aprendido bien su papel; el jóven que desempeña el de Arturo debe tener mas cuidado de aprender de memoria su parte ante de presentarse en las tablas, si no quiere verse espuesto á que se repitan las señales con que el público mostró su desagrado en una de las escenas de mas efecto dramático del tercer acto. Hay ciertos defectos que pueden dispensarse á los actores, atendiéndose á que no está en sus manos el corregirlos; pero lo que no se puede ni se debe perdonarles es que dejen de saber bien de memoria sus papeles: pues esta falta depende de ellos y solo de ellos remediaria; y cuenta que es una de aquellas que mas quitan la ilusion aun á los mas ilusos por el teatro.

Ya que hablamos del Circo, no soltaremos la pluma sin decir dos palabras acerca de la funcion que se ha de ejecutar mañana, en beneficio del primer actor de la compañía. La fiesta ha de ser larga y entretenida, pues se han de representar nada menos que dos dramas, y dramas como las *Borrascas del corazon* y la *Abadía de Castro*; pero como es justo que despues de poner compunjido el corazon á los espectadores con los crueles su-

trimientos y la muerte de la apasionada heroína, descansen sus ánimos, y se preparen á nuevas y no menos fuertes emociones, ha tenido cuidado el beneficiado de interpolar una miscelánea graciosa de *jaleos andaluces* bailada por todo el cuerpo coreográfico, sin perjuicio de otro baile que viene en seguida del segundo drama para alegrar los corazones afligidos. Y si para algunas no fuere esto bastante, tienen despues una tonadilla que cantará la apreciable actriz doña Valentina Rodríguez, y un divertido sainete. Por manera que hay donde escoger y complacer así á toda clase de personas. En esto bien sabe lo que se hace el señor García, que no es lerdo en la materia. Conoce la afición de los concurrentes al Circo á los dramas de gran movimiento y no los escasea, habiendo elegido para su beneficio los mas apropósito para el caso.

En vista de ello y del justo aprecio que dispensa el público al señor García, es de esperar haya mañana la gran concurrencia y animación que suele siempre haber en este teatro los dias de beneficios.

Con el mayor placer trasladamos á nuestras columnas la curiosa carta que la apasionada poetisa doña Carolina Coronado dirigió há poco al *Clamor Público*, y que este periódico inserta en su número del 1.º de octubre. En ella dá cuenta de su visita al vapor *Monzambano*, que conducía á Italia las cenizas del desgraciado Carlos Alberto, visita cantada ya con sentimiento por un vate americano.

La carta está escrita con fecha del 24 de setiembre, y dice así:

«Aun no eran las seis de la mañana cuando me hallaba en un bote dando vueltas en torno del vapor que contenía las cenizas de Carlos Alberto. Habíamos dicho muchas personas que era imposible alcanzar la gracia de penetrar en la capilla, y yo no llevaba el intento de solicitarla. Pero quería contem-

plar el cuadro terrible que debía ofrecer el túmulo de Carlos Alberto delante de los muros de Cádiz, y solitario en medio del Océano que remata en el polo. La mañana estaba muy nublada y las blancas torres de Cádiz parecían en la oscuridad fantasmas que salían del fondo de las aguas. Todos los buques habian bajado su pabellon hasta la mitad del asta en señal de duelo. La *Ferrolana* daba un cañonazo á que respondía con otro la batería de San-Felipe, y aquellos hondos y prolongados ecos que de quince en quince minutos venían sobre las olas á estrellarse en la urna marítima de Carlos Alberto, parecían los últimos clamores de la libertad italiana.

«Yo no sé cómo las ideas que se despertaron en mi mente con estos sonidos me hicieron olvidar las pequeñeces del mundo y me dieron atrevimiento para llegar hasta el *Monzambano*, pero una vez á bordo, pedí que se me permitiese bajar á la capilla.

«La misma extrañeza de mi visita, tan á deshora y en un dia tan desapacible, y el mismo entusiasmo que demostraba pidiendo inmediatamente aquella gracia, creo que hicieron despejar en la frente del príncipe el ceño de la etiqueta, ó acaso con la niebla que rodeaba al buque creyéndome la sombra de alguna de las víctimas que por un error inmoló Carlos Alberto en los muros de Cádiz, me permitió su hijo descender hasta su tumba para rezar por su alma y le alcanzase el perdón de los españoles.

«Oh! aunque fuese una magestad Carlos Alberto, los italianos saben que una española tiene el derecho de perdonarlo cuando la suerte en justa expiación nos trae el cadáver del que vino á combatir nuestra libertad para morir despues por la de Italia. Jamás he sentido latir mi pecho tan fuertemente como en el momento de arrodillarme ante él. Ni advertí cómo estaba adornado el túmulo.

«Solo recuerdo que el paño fúnebre temblaba ligeramente con el movimiento del buque, y que los enemigos del héroe no se hubieran atrevido á acercarse temerosos de que palpitase todavía aquel corazón grande donde se habia consumido la vida con el mayor de todos los infortunios. No estaban en la capilla mas que el príncipe y otras dos personas; y reinaba tan profundo silencio, que se oía el ruido del mar por bajo de la caja, lo mis-

mo que si del centro de olla se exhalasen gemidos. Un momento despues entraron los sacerdotes, y yo sali llorando despues de haber besado el túmulo repetidas veces. Por la tarde me traslad  a la isla, desde donde he visto marchar el vapor por la costa de Levante, como una nube que va a llenar de sombras el cielo de Italia. Mi vista lo ha perdido al fin en la inmensidad, pero mi pensamiento le sigue todavia.

CAROLINA CORONADO.»

Miscelánea.

MÉTODOS PARA CONSERVAR FLORES NATURALES CON SUS FORMAS Y COLORES.—Se tomar  arena muy fina y blanca, por ejemplo, la que usan las fabricas de cristal   vidrio; se la pasar  por muchas lavaduras de agua clara, hasta que ésta salga con toda su transparencia y en seguida se las secar  al sol, en un horno   en una cazuela al fuego. Con la arena bien seca, se cubrir  el fondo de un vaso   vasija hasta poder clavar el pie de la flor. En seguida se continuará echando arena hasta cubrir la flor enteramente formando una capa de tres ó cuatro líneas, esponi ndola en seguida al sol ó en habitacion templada para que se seque, para lo cual en invierno se necesitan algunos dias: cuando se conoce no conserva ya humedad alguna, se quitar  la arena volcando la vasija, y se limpiar  la flor con un pincel   pluma con mucho cuidado. Algunas flores que pierden el brillo y decaen sus colores, pueden recobrarlos, poniendo las rosas y otras muy delicadas a un vapor suave de azufre: a las flores de colores punzo   carmesi al vapor de una solucion de estaño en ácido nítrico (agua fuerte;) y el verde de las hojas y tallos al de limaduras de hierro, con el ácido sulfúrico   nítrico.

Si se quiere darlas olor, bastará echar en el centro de la flor una gota de las respectivas esencias.

Tenemos entendido que se han hecho a la Junta de Beneficencia,   al señor Alcalde, proposiciones ventajosas para tomar el teatro Principal durante el tiempo transcurrido desde este mes hasta el Carnaval. Mucho nos alegrar amos que fueran aceptadas, como es de esperar, porque es vergonzoso que se halle Cádiz reducido a no ver abierto mas que un teatro casi de lugar.

Segun hemos leido en algunos periódicos estrangeros, parece que se intenta hacer algunas escavaciones en Roma, especialmente en los sitios donde se sospecha han de encontrarse algunos monumentos antiguos. Practicar n estos trabajos las tropas francesas que guardan hoy a la capital del mundo cristiano, y serán dirigidos por los mejores oficiales de ingenieros y por una comision mista de sabios franceses   italianos. Es de esperar que se hagan preciosos descubrimientos, porque con frecuencia se han solido encontrar algunas curiosidades antiguas al empedrar las calles y al construir algunas zanjas. Segun han convenido los franceses   italianos, se dividirá en dos partes iguales el producto de los hallazgos, reservando especialmente la parte artística para la Francia; pero las inscripciones, medallas, sepulcros, quedarán en Roma. Cr ese que debe haber sepultadas muchas estatuas.

CADIZ: 1849.

Imprenta de D. Francisco Pantoja, calle de la Aduana, número 20.